Barcelona, un mes 2'- Ptas. Provincias Portugal trimestre América

Demás países

# LA VANGUARDIA

OFICINAS: Calle Pelayo, 28. - Teléfono 14135

Dirección telegráfica YANGUARDIA-BARCELONA

Anuncios, esquelas, remitidos y reclamos a precios según tarifa

No se devuelven los originales

#### La Conferencia Económica

## De cuerpo presente

La magna conferencia monetaria y económica, que sigue aparentando estar reunida en Londres, puede darse por virtualmente fracasada; es cosa ya muerta, y los esfuerzos de estos últimos días se encaminan, a lo sumo, a retardar el momento violento y doloroso en que hay que anunciar al mundo la triste nueva y presentarle el cadáver en forma digna. Esto es, se busca la manera más elegante para liquidar lo que comenzó con tan desproporcionado aparato, reduciendo al mínimo posible la desilusión que este desgraciado final ha de causar a los que en la Conferencia pusieron grandes esperanzas.

Este fracaso lo teníamos previsto; lo anunciamos en estas mismas columnas días antes de inaugurarse los trabajos. En nuestra opinión, nada podía esperarse de una reunión de representaciones oficiales de los Estados, a la que se llevaban como materia de discusión los mismos objetivos, tan repetida y estérilmente examinados por otras reuniones internacionales similares, tan manoseados y siempre repudiados por los gobiernos que habían de aplicarlos. La solemne sesión inaugural y las plenarias sucesivas para la exposición de los puntos de vista de las principales delegaciones acusaron la manifiesta debilidad con que se comenzaba la labor y la falta de visión de los grandes problemas que los pueblos tienen planteados y han de resolver. Aquello parecía un aula de mediana categoría en una escuela de enseñanza de segundo grado. Mac Donald, actuando de dómine, explicó someramente la lección, repitiendo las mismas cifras, los mismos comentarios del preámbulo del proyecto redactado por los expertos, que en la ocasión hizo las veces de librillo de texto. Después, a modo de alumnos que van respondiendo a la llamada del profesor, varios delegados se levantaron sucesivamente, para recitar los mismos datos, idénticos conceptos. Todo lo que se ha di-cho hasta la saciedad, sin que después de la enumeración se indiquen las adecuadas soluciones, fué expuesto una vez más con el aire de importantes novedades definitivas. Para que la semblanza con una clase elemental fuese más exacta, en la segunda sesión el dómine hubo de reprender a los delegados por su falta de puntualidad y escasa atención.

Una conferencia comenzada bajo tales auspicios no era para hacerse grandes ilusiones; aunque, francamente, no creíamos que el desastre estuviese tan próximo, porque no podíamos prever que Roosevelt se lanzase a dar el terrible palmetazo que significa su nota contraria a los propósitos de estabilización monetaria. La indignación que este exabrupto del dictador yanqui produjo en el seno de la Conferencia y las censuras, casi unánimes, con que en la prensa y entre economistas y políticos ha sido comentada la severa admonición, podrían interpretarse como signos visibles de desacierto en la decisión americana. Sin discutir la oportunidad del momento en que la nota fué enviada y si está o no acorde con la actitud consentida e incluso las declaraciones oficiales de la delegación de los Estados Unidos hasta el critico instante en que aquélla se leyó, nosotros creemos, modestamente, que en el fondo Roosevelt tiene razón. No nos interesa lo accesorio del procedimiento ni de cómo hayan sido rozadas las susceptibilidades de la diplomacia. Lo esencial es que la nota arremete decididamente contra uno de los mayores absurdos inscritos en el programa de los expertos y que se había comenzado a tratar con increíble seriedad: tal es la idea de que la Conferencia pudiese dar normas para acabar con la anarquía monetaria, estabilizando de manera efectiva el régimen de los cambios internacionales.

¿A quién se le podía ocurrir semejante enormidad? Después de leer el programa de los expertos y de examinar los primeros intentos manifestados en la Conferencia, no acertaríamos a explicarnos la presencia en Londres de hombres de alta competencia en materia económica, de toda solvencia intelectual, sino porque pensamos que hasta las personas más serias gustan en ocasiones, de ir a la representación de las astracanadas o de estar atentos a un juego de despropósitos. Lo que se comenzó a hacer en Londres no era más que esto: un juego de despropósitos.

El programa de los expertos comprende tres extremos capitales, y ai discutirse el primero de ellos, que es la cuestión monetaria, surgió el inevitable atasco. Lo mismo hubiera ocurrido si se empieza por cualquiera de los otros dos. Según los expertos, el objeto de la Conferencia era abrir camino para restaurar un verdadero patrón monetario internacional, dejando que cada gobierno fijase la época y con-diciones para volver al patrón oro y la pa-país adherido al patrón oro está en grado

las condiciones existentes en el respectivo país. Esto habría de completarse con una inteligencia general para asegurar en el porvenir un mejor funcionamiento del patrón oro y, a tal efecto, indicaba, sucintamente, lo que era aconsejable para los Estados, según se encontrasen en el caso de mantener el patrón oro funcionando libremente, lo hubiesen abandonado o hayan adoptado restricciones sobre el comercio de divisas extranjeras.

Todo esto es muy vago y de una generalidad casi infantil; pero, en cuanto el grupo de los países que figuran en la primera de las tres citadas categorías, pensó que podía sacar ventaja del dictamen de los expertos, presionando para que se fijasen normas y estableciese un compromiso que asegurase su posición, la disparidad de criterios se hizo manifiesta y la debilidad del intento no resistió la primera aco-

En esta cuestión de la moneda y del cambio reina una enorme confusión, que hace decir y aconsejar las cosas más inverosímiles y ridículas, porque muchos de los que hablan y escriben sobre ello todavía no se han enterado bien de lo que es moneda y de lo que es cambio. Cuando en Leipzig, en 1874, se aceptó la doctrina de Einer y otros juristas alemanes, que separando la letra de cambio del contrato de cambio propiamente dicho la asimilaban al papel moneda, se produjo una revolución económica de la que muchos economistas todavía no se han dado cuenta. Desde entonces el problema monetario implico tomar en consideración lo que es moneda y lo que, sin serlo, hace en el orden económico sus mismos efectos. La tan celebrada ecuación de cambio para fijar el valor monetario, multiplicando la cantidad por la velocidad de circulación y dividiendo el producto por el volumen del comercio, que hizo célebres a varios economistas, hoy no sirve para nada. La preponderancia del cheque y la letra de cambio y, sobre todo, la función de la cuenta corriente y el pago por compensación, han variado radicalmente los aspectos del problema. La moneda queda a un lado y los documentos de crédito, que jurídicamente son instrumentos de pago, a otro. Estos últimos forman, en sus diversas manifestaciones, lo que se llama «dinero» y tienen tal influencia, que actualmente la situación monetaria resulta depender de la situación crediticia, porque el proceso circulatorio tiene por base el crédito y no la moneda. Hay, pues, que hablar menos de ésta y prestar bastante más atención a aquél.

Dicho esto, se comprenderá que la gran revolución monetaria se operó con el hecho de que los Estados perdían el control sobre la creación de los medios de pago. Cada Estado puede determinar exactamente la cantidad de oro, plata o billetes, es decir, de moneda que puede haber en circulación. Lo que no puede hacer, sin hondas perturbaciones en la economía, es intervenir directamente en la creación del «dinero», de los instrumentos de pago que, haciendo las veces de moneda, no son más que formas del crédito. Y esto es, precisamente, le que se ha hecho en muchos Estados que, encontrancio en desequilibric su comercio internacional de divisas, han aplicado toda clase de medidas restrictivas, en un desesperado esfuerzo para poner ia divisa propia a cubierto de los saltos de las cotizaciones bruscas. Los sistemas de control han mantenido, a costa de incalculables sacrificios, la ficción de una paridad de cambio que pugnaba con la reali-

Los expertos de la Conferencia quieren acabar con un tal estado de anarquía monetaria, y no se les ha ocurrido más que este enorme contrasentido: por un lado, es necesario «el retorno a la libertad en los mercados de divisas extranjeras y en la circulación de capitales»; por otro lado, han de internacionalizar el método de las restricciones y cohibir la misma libertad que desean, al preconizar el establecimiento de un patrón monetario mundial y asegurarse contra sus fluctuaciones. Lo cual no es más que el intento de poner puertas al campo, porque sería curioso saber cómo podrían sujetarse, reprimirse las creaciones dinerarias del mundo entero, de modo que funcionasen equilibradamente para todos los países, sin cuya condición fundamental, el ritmo de armonía deseado no tiene posibilidad de palización. En el admirable informe del Banco de España, que firma el Subgobernador señor Pan, se condena el propósito con estas pocas y contundentes palabras: «Establecer en el mundo en general el patrón oro, con unos tipos determinados, significa fijar una unidad común de valoración e intercambio de bienes económicos. Por tanto, aun en el supuesto de que se venza justamente la grave dificultad de fijar el tipo de estabilización correspondiente a cada nación, según el estado o situación de su economía

respecto a la de las demás, el hecho de tal

ritmo señalado por el mundo en general, o, más bien, por las naciones cuyas economías marquen el rumbo general».

Después de sabido esto y de comprender lo imposible que es dosificar el crédito para cada país y regular en consonancia sus creaciones dinerarias, todos los propósitos de un reparto de reservas monetarias por medio de operaciones de crédito internacional y de disminuir la cobertura de los billetes por bajo de los tipos corrientes del 33 % ó 40 %, resultan inocentes o mal

intencionados.

Si el mecanismo del cambio internacional es, casi en su totalidad, dependiente de la economía del dinero, puesto que las balanzas económicas se equilibran sólo en mínima parte por envíos de oro y si en las operaciones comerciales de compraventa, que fijan los precios al por mayor, apenas si la moneda interviene en un tanto por ciento casi irrisorio, ya que los pagos se hacen por compensación o con documentos de crédito, ¿a qué hablar tanto de la moneda? Lo esencial es el crédito, que el mundo del dinero limita o extiende para cada país, en forma que retira capitales, se abstiene de llevarlos o los facilita en abundancia, según las circunstancias y ocasionando con todo ello la diversidad del precio del dinero. ¿Cómo se puede pensar seriamente que este vasto movimiento se puede sujetar y reducir a una rígida disciplina, cuando obedece a la impulsión de poderosos factores económicos, que los redactores del programa de Londres no parece hayan tenido en cuenta o los consideran bajo un punto de vista equivocado?

En la Conferencia de Génova de 1922, cuarenta y cinco Estados adoptaban solemnemente esta resolución: restaurar el patrón oro y prevenir las fluctuaciones de su poder de adquisición; es decir, lo mismo que ahora. Han pasado más de diez años. y no sólo no se hizo nada práctico en tal sentido, sino que la situación ha empeorado. ¡Confiado ha de ser quien crea que en Londres podía hacerse el milagro que no se pudo realizar en Génova!

PEDRO GUAL VILLALRI

### El matiz de las cosas

## Lo suntuario

¿Tiene algún valor en la vida lo suntuario? Depende, como todo, del modo como se enfoque y comprenda la vida. Para unos hombres, con lo meramente necesario basta; para otros, lo necesario sin lo ornamental o decorativo es insuficiente.

Dadle a un asiduo visitante de tabernas un vaso de vino y no reparará en si el local es infecto, en si la mesa es «de pintado pino» o de pino sin pintar, en si el vaso es de vidrio burdo y turbio. Lo interesante para el bebedor grosero es el vino. Lo demás, acompañamientos accidentales, se-cundarios. ¿Qué importa el dónde y el cómo de las cosas?

En cambio, para una persona educada, vale tanto o más, según los casos, el continente que el contenido. Una taza de fina porcelana, una copa de cristal finísimo, da al té o al vino una jerarquía respetable.

acabaremos por convenir que el exorno y el embellecimiento de ellas no sólo tiene el fin de adjudicarles nuestro agrado, sino el de darles un matiz de espiritualidad, una virtualidad pedagógica, una cierta desmaterialización o deshumanización que las ponga más altas que lo simplemente ma-

Cuando los hombres primitivos adornan con incisiones y dibujos sus herramientas, su cerámica, sus armas, sus grutas, y hasta con tatuajes su propio cuerpo, nace el arte como una exigencia que aun no comprenden, pero ya sienten. El ornato no es indispesable para el empleo de la cosa embellecida. De uno u otro modo, el uso sería el mismo. En lo que varía es en la indiferencia o el agrado con que se ve y se utiliza, en el grado de gusto o de educación artística que implica, en lo que nos revela-el estilo es el hombre-de la cultura del autor, en lo que educa o contribuye a educar. El arte crece con la cultura y viceversa; son inseparables. El arte es de orden espiritual y enriquece con una expresión nueva la frialdad de lo inerte. Por algo alhajamos en lo posible nuestro hogar. Por algo se quiere que la escuela no tenga la desnudez helada de una cárcel. Deseamos para nuestra casa, para nuestros hijos, el acompañamiento de lo bello, porque lo accesorio es al mismo tiempo lo complementario.

De ahí que no comprendemos las palabras del Ministro de Instrucción Pública al decir de la Ciudad Universitaria: «Se ha prescindido de todo lo que sea meramente suntuario, en busca de una mayor eficacia y rapidez en la construcción. .»

Cuendo el Subsecretario del mismo Mi-

ridad a la cual podría llegar, atendidas de seguir su desarrollo económico ligada al nisterio contestaba a la interpelación del señor Bello sobre el importe excesivo de las construcciones escolares, hablaba de «pasillos pedagógicos», de «ventanas pedagógicas». Por cierto que estas expresiones fueron acresidas con nurmullos de extrañe-za. Hay quien no saoe que, en la escuela, hasta el aire que se respira ha de ser peda-gógico, es decir, higiénico, provechoso, educativo, ¡Lástima que al procurar que las aulas y los pasillos tengan bastante cub.cación para ser «pedagógicos», se olvide que la suprema pedagogía reside en la más pura moral que es profundo espíritu religioso!

Decía también que lo suntuario es instructivo y educativo, es decir, «pedagógico», ya que este vocablo place ahora. Lo suntuario viste la frígida desnudez de ios pensamientos y las cosas. Las universidades de Salamanca y Alcalá, sin sus bellas fachadas suntuosas y severas, no expresarían el fervor que inspiró su fundación ni la egregia alcurnia que alcanzaron en la cultura más que en la arquitectura. Ni los palacios de las villas y ciudades históricas merecerían el homenaje de las generaciones. Ni los monasterios serían joyas artísticas, ni las catedrales lucirían la maravilla de sus encajes de piedra, ni los estilos diversos serían la viva oscilación de una llama espiritual que ardía en las almas y lanzaba sobre las construcciones religiosas y civiles los prodigiosos juegos y mutaciones de luces mágicas.

Nuestros siglos de florecimiento artistico ¿qué serían hoy sin el cálido y permanente repique de lo suntuario? Apenas unos pocos eruditos sabrían algo de una cultura pálida y muerta que yacería en los estantes de las bibliotecas y archivos desiertos. Lo suntuario de aquellos tiempos es lo que puso ante los ojos del pueblo la grandeza espiritual de las épocas creado-

ras y la perpetúa en los siglos fugaces. Es una voz, un estilo, una manera de ser, de vivir y de pensar que no muere. Prescindir de lo suntuario es tanto como

Esas feas oclmenas de cemento y hierro en que se suprime lo suntuario con un desdén frívolo, esos enormes bloques que en Berlin, en Nueva York y en cualquier parte aparecen como esponjas monstruosas sin jugo y sin gracia, expresan fielmente la sequedad de espíritu, la angustia petulante, la impotencia ordenadora que padecemos.

Si los siglos futuros nos han de juzgar por los recuerdos objetivos que hereden, ¡qué juicio tan despectivo formarán de una época que, «para mayor eficacia y rapidez en la construcción», se inhibía de lo suntuario! ¡Y qué almas tan exprimidas saldrán de esos edificios adustos donde el espíritu no puede explayarse en la esbeltez de las columnas, en los joyeles de los capiteles, en la gracia de las volutas, en el encanto de los frisos!... ¡Desdichado el tiempo, presumido y premiosò, que no puede dejar a la posteridad el espiritual lenguaje de lo suntuario, el que aun canta en las ruinas de Siria, de Egipto, de Grecia, de Roma!...

L. LAFUENTE VANRELL

#### LA CONFERENCIA DEL DESARME LOS DIEZ PUNTOS DE HENDERSON

Ginebra, iuiio. sión de los espíritus, la Conferencia del desarme, en los circulos de la Sociedad de las Naciones se cree poder consolarse con la tenue esperanza de que los acontecimientos de los próximo meses, en Europa y en Asia, eliminarán la presente sensación de incentidumbre y que en el mes de octubre será más

fácil llegar a um acuerdo. Para Europa el problema del desarme, a juicio de eso mismos círculos, depende la futura política exterior de Alemania. Fuera de Europa favorecerán mucho llevar a un acuerdo sobre el desarme, la mejora de las relaciones chino-japonesas y una pronta terminación de los conflictos en la América del

Acerca de las entrevistas que Henderson tendrá próximamente en París, en Londres, en Roma y en Berlin, se dice por ahora que el resultado dependerá principalmente del éxito o del fracaso de la Conferencia Económica mundial. En detalle Herderson quiere inducir a los diferentes gobiernos a determina una clara posición, antes de que vuel. ve a reunire la Conferencia del desarme, sobre los diez puntos siguientes:

1) Estipulación de un pacto que excluya el uso de la violencia.

2) Exacta definición del concepto de «agre"

3) Control de los armamentos y sanciones. 4) Prohibición del bombardeo aéreo y

eventuales restricciones. Supresión de la aviación militar. Limitación de las armas de ofensiva te restre.

7) Computo de las reservas a las fuerzas efectivas del Ejército.

Período de instrucción de los reclutas. Empleo de tropa coloniales.

10) Vigilancia y control internacional sobre las fábricas de armas y municiones (tam bién de la industria privada).